

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES

*Historia y memoria*¹

Raúl Borja N.

<https://doi.org/10.32719/9789942566607.6>

*No sigas las huellas de los antiguos,
busca lo que ellos buscaron.*

Matsuo Basho (poeta japonés, 1644-1694).

INTRODUCCIÓN

Este análisis ha sido construido a modo de ensayo desde la memoria de un período que comenzó a mediados de los años 60 y culminó en 1982. Es un intento de sistematización de un proceso social, político y orgánico que, además de partir de la experiencia vivida, en lo posible se respalda en documentos históricos.

El fin del horizonte cronológico advertido no es casual. Antes de que termine ese lapso habían quedado gravadas para la posteridad las vidas de dos personajes icónicos de nuestra historia política contemporánea, ambos fallecidos trágicamente: Fernando Velasco Abad (1978) y Jaime Roldós Aguilera (1981). Sus muertes pusieron fin a unos sueños colectivos que nos ilusionaban

1. Este artículo resume una historia escrita de modo extenso y documentado en el libro *Lucha social y laberinto de la democracia. Ecuador en los 70* (Borja 2019). Sin embargo, su enfoque concreto es nuevo, se incluyen datos y documentos que no habían sido considerados en aquel libro.

con cambios en las ancianas estructuras del poder en Ecuador. ¿Advino luego la vigilia?

Aunque el MRT no vivió todo aquel lapso, sus raíces se remontan como en una proyección del pasado inmediato en el presente, lo que hace que rodemos los rollos del *Kairós* en reversa. En su corta existencia de menos de una década, el MRT retrajo huellas dejadas por otros actores sociales en distintas circunstancias. Huellas como guiones de dramas que fueron escritos en tiempo pretérito y que, no obstante, seguían latiendo en el corazón presente de ese movimiento. Acaso, por eso mismo, teniendo el MRT unos antecedentes predecibles, su final fue azaroso.

El análisis de este ensayo girará en torno a tres asuntos cardinales. En primer plano, *la lucha social en el período*. Entre los años 60 y 70 un arcoíris cobijaba la conciencia de amplios sectores campesinos e indígenas del Ecuador. En la sociedad rural se vivían sentimientos divididos de esperanza y frustración, motivados por una reforma agraria que comenzó en 1963 con la aprobación de la primera ley antilatifundista. Esta ley intentó complementarse en 1970 con el Decreto 1001 de eliminación del trabajo precario en el campo y renació en 1973 con la segunda ley de reforma agraria. La esperanza terminó en 1979 provocando una desilusión profunda, cuando el gobierno militar que siete años atrás había ofrecido implantar un régimen de justicia social para el trabajador del campo, aprobó la Ley de Fomento y Desarrollo Agropecuario, que puso una losa encima de las esperanzas de transformación de la estructura agraria tradicional. El MRT fue tributario de ese período de intensa lucha social en el campo, turbulencia que revelaba el avance de la conciencia campesina de raíces ancestrales, que se sintetizaba en una frase: “La tierra pertenece a quien la trabaja”. Lucha que reivindicaba la necesidad histórica de terminar con los latifundios, para que las nuevas condiciones de propiedad devengan mayor

producción de alimentos básicos y mejoras de la calidad de vida de la sociedad en su conjunto. Algo de eso que ahora se llama *el paradigma del buen vivir*.

En segundo plano, la reconfiguración del régimen político. Hacia 1976 resonaron —aunque apagándose— los tambores de la dictadura militar que luego de dos gobiernos de facto anunciaban un *proceso de reestructuración jurídica del Estado*, o sea, de *retorno a la democracia electoral*. La gente decía con ganas: “Los militares a los cuarteles y los civiles al gobierno”, creándose una narrativa mixtificada de la realidad. Fracasados los ensayos reformistas y nacionalistas iniciados con gran entusiasmo en 1972, la democracia representativa era otra vez desempolvada *manu militare*, como el medio idóneo para dirimir la disputa por la hegemonía del poder político entre las representaciones de los poderes fácticos. Habiendo transcurrido un quinquenio lleno de esperanzas y frustraciones en 1976, ¿cómo ponerle fe a una *democracia representativa* que históricamente había sido prostituida por los grupos fácticos de poder y los partidos políticos del sistema? No obstante aquella desconfianza, la izquierda comprendió que para salir de la dictadura militar era una necesidad apostar por el camino electoral, aunque entrar a esa disputa parecía participar en una falacia. Para el MRT no había dilema, sino reto, lo que se convirtió en su laberinto.

Finalmente, en tercer plano, *el papel del individuo en la historia*. Este análisis regresará a ver algunos elementos del contexto político y social que marcaron de modo general el compás del tiempo histórico en el período 1965-1982. Énfasis que dará brillo al rol singular de Fernando Velasco Abad, el personaje organizador de la arquitectura ideológica del MRT. Narrativa que será un caleidoscopio del objeto del análisis visto sincrónicamente desde tres ángulos: la circunstancia general, los rasgos particulares del suceso político y la singularidad del personaje.

En este análisis se hablará primero de la Unión Revolucionaria de los Trabajadores (URT), que entre 1972 y diciembre de 1976, fue la génesis del proceso emeretiano. De allí en adelante se referirá al Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), cambio de identidad que no fue un simple reemplazo de nombres, sino la irrupción del factor subjetivo, sobredeterminante en la contradicción intrínseca del proceso orgánico, lo que, sin conciencia, devino epílogo de la historia. Metafóricamente, aquello se pareció a un triple salto del sujeto en la cuerda floja, desde un estado seminal a la adultez, sin procesar la necesaria adolescencia. Por eso mismo, el cuerpo del sujeto había crecido de modo desproporcional, pero seguía vistiendo pantalones cortos.

El análisis considerará cuatro campos de reflexión: i. el marco ideológico del proceso emeretiano donde se destacará el papel de Fernando Velasco Abad como el arquitecto del sentido de la ideología política del Movimiento; ii. la correspondencia entre las expresiones de la lucha social de los 70 y el conjunto de intelectuales y activistas cuya praxis se objetivó en el MRT; iii. la disputa por la hegemonía política entre los viejos y nuevos actores en la sociedad en aquel período; iv. la relación del proceso emeretiano con la salida democrática a la dictadura militar de los 70, circunstancia que marcará la inflexión final del Movimiento, es decir, la entrada a su laberinto.

UN ENCUENTRO NADA CASUAL

A Fernando Velasco le recordamos en 1968 trabajando en Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas (CESA), entidad promotora de servicios agrícolas a grupos campesinos de la Sierra. La misión principal de CESA era entregar predios a exhuasipungueros y jornaleros de haciendas,

aplicando la Ley de Reforma Agraria de 1964. Fernando Velasco tenía sobre su escritorio decenas de carpetas con papeles ajados por la lectura del analista, entre las que destacaba el mejor documento sobre la extrema desigualdad en la distribución de la tierra en Ecuador, una “fotografía” escrita sobre las relaciones sociales en el campo heredadas del pasado colonial y neocolonial. Era el informe *Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola del Ecuador* (CIDA 1965). Informe que era estudiado con mirada acuciosa de investigador social por *el Conejo*, como le conocimos desde siempre al personaje.

CESA había sido fundada en 1967. Aunque no formaba parte directa del aparato político de la democracia cristiana, sí era un “hexaedro” de la malla institucional de ese partido, que estaba en proceso de formación. La democracia cristiana había penetrado en el campesinado de la Sierra y la Costa desde inicios de los 60, poniendo en juego medios de asistencia con una visión desarrollista. Aquel partido inauguró en Ecuador una modalidad de armaje de coberturas institucionales, práctica no conocida por ninguna de las organizaciones políticas del medio. Apuesta innovadora para cubrir la acción del partido confundiendo entre los meandros de la Iglesia católica y otras entidades asistencialistas. Suerte de gaza aséptica puesta para cubrir actividades de carácter desarrollista, de “servicios agropecuarios”, “investigación social”, “capacitación técnica”, “formación sindical”, etc., aprendizaje a pie juntillas de la democracia cristiana de Chile, que en su etapa de adolescencia (los 60) ensayó aplicar a la política los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

En CESA, Fernando Velasco no era un tecnócrata más entre tantos, sino el cerebro de la capacitación a los grupos selectos de campesinos. En esa función, él aprendió el armaje de coberturas partidarias, incorporándole al asunto valor agregado desde su extraordinaria inteligencia